

Que Goyito salude a mi nombre a del Río, Roldán, Bañados, Pancho Pinto, Carlos Prieto, Rodríguez y demás amigos.

Su hijo que la adora, y que cuenta las horas que le faltan para verla.

Domingo.

La historia de mis libros

Casi en la última jornada de mi vida, no puedo menos de recordar con entusiasmo las fiestas en que dentro de la sala del Consejo de la Universidad de Chile, un sabio ilustre, don Ignacio Domeyko, distribuía los premios a los alumnos que más se habían distinguido en los cursos de humanidades, de leyes, de medicina, de ingeniería y de bellas artes. Esto sucedía entre los años de 1872 y 1881. Yo alcancé algunos de esos premios.

Desde sus principios, la Universidad fundada por Bello y por Montt se esforzaba por estimular el cultivo de las letras, de las ciencias y de las bellas artes, y con tal objeto otorgaba recompensas a los estudiantes, y aplausos y loores a los jóvenes que se iniciaban en las carreras profesionales o científicas, en el campo literario o artístico.

Una de las ramas del saber que la Corporación trató de fomentar con mayor ahinco fué el estudio de la historia patria. El resultado está a la vista. Ninguno de los pueblos de Hispanoamérica —tenemos derecho a proclamarlo con orgullo— aventaja a Chile en la narración verídica, imparcial y completa de los hechos públicos que constituyen su vida nacional.

Allá por los años de 1883 el Presidente de la Cámara de Diputados, don Jorge Huneeus Zegers, quien en la misma época debía ejercer las funciones de Rector de la Universidad, me comisionó para que publicara las actas de sesiones de los cuerpos legislativos, que no habían sido dadas a luz sino desde 1846.

Confieso que recibí este interesante encargo con timidez y desconfianza; pues, aun cuando desde hacía tiempo trataba de ejercitarme en la redacción literaria, no tenía

práctica alguna en las tareas de investigación histórica. Me apresuré, pues, a consultar a mi padre sobre si podría o no contraer este compromiso.

Mi padre me manifestó las dificultades de la empresa y la mejor manera de salvarlas, y concluyó por advertirme: “Barros Arana guarda en su archivo la única copia que se conoce de la mayor parte de las actas del Congreso de 1811, que fué la primera de nuestras asambleas legislativas, y, como lo comprenderás, para realizar la obra que Huneeus te encomienda, debes empezar por dar a conocer ese Congreso. Si consigues la copia a que aludo, creo tendrías buen éxito; en el caso contrario, a mi juicio, debes rehúsar la halagüeña proposición del Presidente de la Cámara”.

Barros Arana había sido mi maestro de historia en el Instituto Nacional y desde entonces yo mantenía muy buenas relaciones con él. Es muy sabido que aquel benemérito ciudadano sentía verdadero agrado en conversar con los que habían sido sus alumnos, y en guiarlos y aconsejarlos en sus trabajos. No se extrañará, pues, que en el acto de oírme pusiera en mis manos el valioso manuscrito que yo le pedía.

La copia era de puño y letra de don Bernardo O’Higgins, diputado propietario por Los Angeles y autorizada en 1813 por don Mariano Egaña, secretario entonces de la Junta de Gobierno.

En posesión de tan fidedigno testimonio, compuse el tomo primero de la obra que, con motivo de mi primer viaje a Europa, hube de abandonar. Ella fué continuada magistralmente por don Valentín Letelier.

Este libro concluído en 1885, marca el co-

mienzo de mi carrera de escritor. El estudio prolijo que me impuse de las piezas relativas a los acuerdos del Congreso de 1811, me hizo concebir el plan de mi segunda obra: *Los primeros años del Instituto Nacional*, cuyo tema abarca desde el año de 1813 hasta el de 1845.

Con motivo de la publicación de este trabajo, recibí caluroso estímulo de parte de Barros Arana. En esta fecha, ya había sufrido la irreparable pérdida de mi padre.

En el orden cronológico, la tercera obra dada a luz por mí consistió en un detallado resumen de la aplicación en nuestro país del *Sistema de Lancaster*. Para referir con exactitud los hechos, tuve a la vista un pequeño volumen publicado en Londres, en 1827, en el cual el propagador más activo del nuevo sistema de enseñanza en Sudamérica, don Diego Thompson, daba noticia, en una serie de cartas dirigidas a las sociedades de las cuales era agente, de cómo había desempeñado su comisión.

La necesidad de registrar los archivos que se guardaban en la Biblioteca Nacional me hizo descubrir un documento que arrojaba extraordinario golpe de luz sobre la sociedad de la colonia. Era un pliego de instrucciones que el asesor del virrey del Perú, don José Perfecto de Salas, padre del patriota chileno don Manuel de Salas, había escrito para don Antonio de Guill y Gonzaga, quien acababa de ser nombrado Presidente de la Capitanía General.

Estas instrucciones se referían, no sólo al ceremonial que debía observar el nuevo funcionario, hasta recibirse del gobierno, sino también a las personas más notables, ya fueran empleados públicos, ya individuos particulares, que encontraría en la capital de Chile y en las demás poblaciones del camino, desde el puerto de Valparaíso.

Como puede suponerse, la segunda parte del documento encerraba mucho mayor importancia que la primera; pues ofrecía un cuadro completo de los principales personajes de la colonia en el año de 1762, fecha en

la cual Guill y Gonzaga empezó a desempeñar su cargo.

La relación hecha por el asesor Salas me interesó sobre manera y me indujo a componer la historia de los Mayorazgos y Títulos de Castilla en nuestro país. A pesar de que no omití esfuerzos para rastrear los antecedentes genealógicos de las familias condecoradas, el objeto esencial de mis rebuscas fué la presentación de la aristocracia chilena en el siglo XVIII.

Esta obra constó de tres volúmenes, impresos sucesivamente en los años de 1901, 1903 y 1904, y su publicación fué costeadada por la Universidad. Desde hacía algunos años formaba yo parte de ella como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades.

Ocupábame en la grata tarea de reunir materiales para el indicado trabajo cuando tuve la fortuna de que el heredero de uno de esos grandes vínculos, don Francisco Cortés de Monroy, el cual en la época del rey habría llevado sin duda el título de marqués de Piedra Blanca de Huana, me regalara el archivo completo de su familia. Este fué el origen de mi libro *Un soldado de la conquista de Chile*, que mereció los aplausos del célebre americanista español don Cesáreo Fernández Duro, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. La monografía compuesta por mí abarcaba la vida entera de un heroico soldado que, para afirmar la dominación de su rey, había combatido en las campañas de Arauco desde el año de 1557 hasta el de 1613.

Este ejemplo glorioso de fidelidad y de valor merecía la consagración de la historia. El nombre de Pedro Cortés Monroy es digno de grabarse en el bronce del Panteón Militar de la Península.

Don Valentín Letelier, que más tarde debía ser esclarecido Rector de la Universidad, dedicó a la biografía de Cortés Monroy un encomiástico juicio en el diario *La Ley*, a fines de marzo de 1899.

El mismo Letelier, con cariñosa solicitud,

hubo de observarme que, así como había compuesto un cuadro de la alta sociedad chilena, estaba yo obligado a estudiar el des-
 envolvimiento de las clases populares.

Convencido de la importancia del consejo, me apresuré a ponerlo en ejecución. De esta suerte nació en mi espíritu el plan de *Las encomiendas de indígenas en Chile*, que la Universidad publicó en los años de 1909 y 1910.

Para realizar esta obra, me aproveché del rico archivo de mi amigo José Toribio Medina, que había reunido en España una abundante y selecta colección de copias sobre nuestra historia colonial. Medina puso a mi disposición este valioso depósito y durante varios meses visité su casa día a día para estudiar centenares de legajos históricos.

Pocos años más tarde escribí el *Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena*, al cual dió benévola acogida la *Revista Chilena de Historia y Geografía*. La Universidad, por su parte, publicó en 1925 un compendio de este trabajo, que extendí después hasta la época actual en 1934, con el propósito de que pudiera servir de guía en los colegios de segunda enseñanza.

La historia general de nuestro país ha sido en los últimos años objeto preferente de mis rebuscas y meditaciones, en sus tres períodos: el de la conquista, el de la colonia y el de la República.

Chile bajo la dominación española se intitula la memoria en que traté de poner en relieve los esfuerzos increíbles de los súbditos del rey de España, no sólo durante la guerra de la conquista, sino también en las empresas de colonización destinadas a establecer en el Nuevo Mundo la cultura europea.

La primera generación de historiadores que se distinguió en Chile, aún impregnada de los sacrificios y amarguras causados por las campañas de la independencia, no poseía la imparcialidad que se requiere para juzgar la obra de los peninsulares durante los siglos XVII y XVIII y en sus libros aparecen anti-
 patías y errores impropios de una relación

verídica y generosa. Era, pues, indispensable rehacer la historia de la colonia con un espíritu completamente distinto y manifestar el éxito que alcanzaron, después de tenaz e interminable lucha, los hijos de España, militares y civiles, en las diferentes regiones de América.

Esta es la tendencia que prevalece entre los modernos historiadores de Estados Unidos, los cuales antes que nadie han hecho justicia a los súbditos de Felipe II y de Carlos III y la misma que empieza a notarse en las nuevas obras dadas a luz en el continente hispanoamericano.

A este grupo de mis trabajos pertenecen el libro ya mencionado y los que llevan por títulos *Personajes de la colonia*, *El cabildo de La Serena*, *El cabildo de Concepción e Hijos ilustres de Chillán*. Casi todos ellos han sido impresos por cuenta de esta Universidad.

A pesar de que la sangrienta guerra de la independencia fué el primer tema que estudiaron los historiadores de Chile y el que sin duda han referido con mayor copia de detalles, todavía quedan por resolver graves problemas relativos a los hombres y a las cosas y ésta ha sido la materia de algunos de mis últimos libros y memorias: *Génesis de la independencia de Chile*, *Don Juan Martínez de Rozas*, *Nacimiento de la República de Chile* y *Próceres de la independencia de Chile*. Como de costumbre, estos trabajos han sido publicados gracias a la benevolencia universitaria.

Un paciente examen del archivo dejado por mi padre me ha permitido aclarar muchos puntos dudosos en la vida de Martínez de Rozas, el cual, a pesar de sus desfallecimientos y faltas de conducta, ocupa un sitio de preferencia entre los emancipadores de nuestro país.

Otra cuestión, que creo haber dilucidado con éxito satisfactorio es la eterna rivalidad entre O'Higgins y Carrera, que tanto apasionó a los chilenos durante una gran parte del siglo XIX y que hoy todavía provoca

conflictos entre los publicistas y entre las familias.

Para colocar a esos egregios ciudadanos en el lugar que les corresponde era preciso conocer a fondo el estado de los espíritus en la Patria Vieja. Quien imagine a los principales actores del drama de 1810 resueltos a separarse de España, incurre en lastimoso error.

Sin duda, algunos personajes selectos estaban convencidos de los graves errores del régimen monárquico y querían aprovecharse de la invasión napoleónica a fin de proclamar la independencia; pero, muy pocos, como don Bernardo O'Higgins, poseían la entereza de ánimo necesaria para desafiar a los ejércitos del rey.

O'Higgins, por lo demás, no era el hombre que podía realizar esta empresa. No gozaba de una alta posición social y su palabra, muy influyente en las tertulias políticas del sur, carecía de resonancia en el centro del país.

Necesitose de la llegada de Europa de don José Miguel Carrera para que la juventud aristocrática de Santiago se agrupara a su alrededor y se comprometiera a arriesgar la vida en los campos de batalla.

Los grandes señores de la capital, que no eran completamente adictos al rey, los Ovalle, los Toro, los Eyzaguirre, los Infante, los Salas, los Larraín y Salas, los Cerda, los Prado, los Pérez y Salas, eran verdaderos patriotas, nadie se atrevería a negarlo; pero no tenían bríos para entregar el porvenir a la suerte de las armas.

Y existen poderosas razones que atenúan su pusilanimidad. Toda la vida habían estado sometido a la autoridad del rey, y sentían horror de desenvainar sus espadas para combatirlo. Por otra parte, carecían de práctica militar.

La hazaña ejecutada por Carrera en 1813 al organizar un ejército y al lanzarlo contra las tropas de Pareja fué un acto temerario, que espantó a los pacíficos vecinos de Santiago.

Así se explica que, después del desastre

de Chillán, el gobierno patriota se apresurara a destituir a don José Miguel Carrera y, lo que parece más inaudito, lo entregara después al enemigo.

Así se explica que el Director Lastra y el Senado de 1814 firmaran con Gaínza el Convenio de Lircay, en el cual sometían la causa de la independencia a lo que resolviesen las cortes españolas.

Los patriotas de 1810 se habían forjado la ilusión de que con el destronamiento de Fernando VII alcanzarían la independencia sin necesidad de lucha armada. No estaban, por lo demás, preparados para resistir a las fuerzas del virrey del Perú.

Sin la audacia de Carrera, la aristocracia criolla habría rendido sus aspiraciones ante el ejército de Pareja.

La gloria de don José Miguel Carrera consiste en haber improvisado un ejército patriota y en haber acometido sin vacilación a las tropas enemigas.

Durante este período revolucionario, Carrera no tiene rival. O'Higgins empieza a brillar en la defensa de Rancagua y en el triunfo de Chacabuco. Según la feliz expresión de Vicuña Mackena, fué el primer soldado de Chile.

Gracias a mis estudios anteriores, y con el conocimiento personal adquirido en casa de mi padre de los estadistas y políticos del último tercio del pasado siglo, me atreví hace dos años a publicar un compendio de historia de Chile destinado a los profesores de segunda enseñanza.

No han faltado censores que me dirijan críticas por la extensión de la obra, la cual llega hasta los sucesos ocurridos en 1932. A su juicio, un autor de trabajos históricos no posee imparcialidad bastante para juzgar los hechos contemporáneos.

Disiento de este dictamen y en conciencia creo que en mi libro he expuesto con rectitud los actos políticos más discutidos de los últimos tiempos.

Para escribir, por último, la *Historia Social de Chile* he aprovechado los datos y do-

cumentos de *Las encomiendas de indígenas* y de los *Mayorazgos*.

Si algún valor encierran los libros que llevan mi firma, si en algo adelantan la investigación de nuestros anales, en mucha parte ello se debe a los estímulos de la Universidad de Chile.

Mis trabajos abrazan un conjunto lógico. Después del estudio de los orígenes de nuestra enseñanza pública, emprendí el de nuestra organización social, y después de la crí-

tica de la dominación española la de la vida republicana. Sin duda alguna, si no hubiera desempeñado las funciones de profesor de Historia en el Instituto Nacional por más de treinta años y si en este largo período no hubiera recibido el apoyo del Consejo de la Universidad, me habría sido imposible realizar por completo la tarea iniciada.

INEDITO, 1935.

GUILLERMO FELIU CRUZ

Director de la Biblioteca Nacional

Ensayo de una bibliografía de Domingo Amunátegui Solar 1876-1946

SETENTA AÑOS DE LABOR PÚBLICA CONSAGRADA A LA HISTORIA, LA LITERATURA, LA ENSEÑANZA Y LA ADMINISTRACIÓN

I

Propósito y plan

La bibliografía de los escritos de Domingo Amunátegui Solar (1860-1946), reconoce algunas fuentes importantes que es conveniente recordar y valorizar al emprender un trabajo de carácter análogo. En cierto modo, el mismo Amunátegui Solar contribuyó con algunas útiles y valiosas informaciones a esclarecer la enredada madeja de sus numerosos y dilatados escritos. Desgraciadamente, no entró en ese género de pormenores que tanto interesan al crítico como al bibliógrafo, al historiador como al biógrafo. Los datos con que ahora contamos acerca del autor de la *Historia Social de Chile*, permanecieron inéditos hasta el momento en que escribimos, y en razón de ello, como naturalmente se comprende, no fueron aprovechados por aquellos autores que con antela-

ción a este *Ensayo*, se propusieron, ya como biógrafos del escritor, establecer una ordenación sistemática de su labor histórica y literaria, educacional y administrativa; o, simplemente como bibliógrafos, presentarla en un cuerpo uniforme y también metódico. Hemos tenido la suerte de contar con los papeles del historiador, que poco antes de su fallecimiento, ordenó a su familia poner a nuestra disposición, y esta circunstancia es la que nos ha permitido completar su bibliografía en forma que adelanta considerablemente a cuantas hasta el momento se han publicado. Pero no la estimamos completa, palabra ésta presuntuosa que no puede emplearse en un género de trabajo como los bibliográficos, y somos los primeros en señalar, como más adelante lo advertiremos, las deficiencias de método, primero, y de información, después, en que hemos incurrido.

Conviene, ante todo, que deslindemos el campo en que vamos a desenvolvemos y